

MANUEL LONGARES

# Romanticismo

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2019

© Manuel Longares, 2019  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: gama s.l.  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B. 506-2019  
ISBN: 978-84-17747-05-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Marcos*

Desinencia rubia del barrio de Retiro...

## Sepulcro de la memoria

Tanto había oído hablar José Luis Arce de la salud del Caudillo en la tertulia de Balmoral que no tomó en serio su enfermedad definitiva. Por eso, cuando supo que le operaban de urgencia en un quirófano de campaña no acudió a sublevar los cuarteles, como Javo Chicheri, ni imitó a Fela del Monte, que ante la consternación del apoderado Chaves, del cajero Irurzun y de otros ejecutivos del banco en el que tenía la cuenta, retiró el capital y las joyas y los escondió en la carbonera de su casa donde el padre Altuna dijo misa durante la guerra civil.

–No me robarán los rogelios –gritaba Fela en el salón taurino del Wellington.

A diferencia de Javo Chicheri y Fela del Monte, Arce no vinculaba su familia y patrimonio a la suerte de aquel agonías. No participaba por tanto de la inquietud de Lalo Pipaón y Luismi Fonseca, que interrumpían cada hora la actividad de la cadena de electrodomésticos que heredaron de sus padres para seguir la evolución del paciente a través de los altavoces conectados con el informativo de la radio. En el desapego de Arce no había inconsciencia ni dejadez, sino la convicción de que era inú-

til oponerse a la voluntad de un hombre que igual podía morirse que no hacerlo nunca.

Suponía Arce que el Caudillo se resistiría a desaparecer de escena, a semejanza de los actores resabiados que utilizan todo tipo de recursos para retrasar su mutis, y no le imaginaba delegando poderes o adaptando sus funciones de estadista a sus muy mermaidas facultades. Pues quizá por haber nacido bajo su mandato y no conocer otra forma de gobierno que la suya, confiaba en que aguantara en su puesto el deterioro de la edad sin dimitir ni ser sustituido, al igual que los mayordomos de comedia continúan hasta el fin de sus días en la casa donde sirvieron aunque estén inútiles y achacosos porque su permanencia resulta menos engorrosa que su reemplazo.

—Tranquilidad ante todo —le aconsejaba Tomín Peñalosa, el marido de su prima Gisela Bonmatí, que estaba bien situado—. Y no te signifiqués.

E interpretando sus palabras, José Luis Arce pontificaba en la tertulia de Balmoral:

—El Caudillo no nos dejará. Lo sé de buena tinta.

Pero también podía afirmar lo contrario en ese bar inglés del barrio de Salamanca, que ninguno de los contertulios iba a disentir ya que nadie valoraba su opinión. Tan grande era su descrédito en esos asuntos que ni adhiriéndose al Régimen con la fe del carbonero se salvaba. Porque en aquellos días críticos en que el Caudillo se mantenía inerte como un pedrusco y con respiración mecánica y la iglesia del padre Altuna encomendaba su alma al Altísimo y los altavoces de la cadena de electrodomésticos de Lalo Pipaón y Luismi Fonseca emitían

arengas y rogativas y Fela del Monte apremiaba al cajero Irurzun y al apoderado Chaves para que le colocasen el dinero fuera de España y Javo Chicheri brindaba con sus militares de confianza por la asonada salvadora, Arce únicamente se interesaba por los nuevos modelos de automóviles que publicaban las revistas del motor.

Con esa apatía por las cuestiones políticas que le convertían en disidente para sus compañeros de tertulia acogió José Luis Arce los rumores sobre la gravedad del Caudillo que desde mediados de octubre atronaban Madrid, hasta que en la última tarde de aquel mes su esposa llegó asustada de lo que le había contado Fela mientras merendaban en la cafetería Gregory's. Sólo entonces compartió la desazón de Javo Chicheri y Fela del Monte y de otros miembros de la burguesía improductiva.

Era la reacción de un cristiano con un corazón de oro, como le definió el padre Altuna en 1964 en la sacristía de la iglesia de la Concepción. Once años después Arce seguía más pendiente de su familia que de su país, por lo que le importaban menos los temas de Estado que la felicidad de su mujer, Pía Matesanz, y de su hija Virucha. Así que no necesitó saber los motivos de la congoja de su esposa para condolerse con ella nada más verla aparecer esa tarde de octubre en su despacho casero con un sofoco que le impedía expresarse.

—Calma, pajarito, calma —dijo levantándose a abrazarla—. Ya me lo contarás.

Pía venía tan desquiciada de su reunión con Fela del Monte que por primera vez en nueve años de

matrimonio no se quitó el abrigo antes de entrar en casa. Lo hacía en el rellano de la escalera, después de pulsar el timbre de campanitas que prolongaba su resonancia de esquila por el pasillo de la vivienda hasta las remotas dependencias de la servidumbre tratando de galvanizar a Wences, que reaccionaba a su llamada con la parsimonia debida a su pereza y a las generosas dimensiones del piso.

Pía y sus vecinos tardaban más en atravesar el umbral de sus hogares que el portal de la finca porque en esa construcción de principios de siglo levantada sobre terrenos de un duque cuyo escudo engalanaba la fachada del inmueble, nunca se cerraron las dos hojas de madera de la entrada, como investigó la periodista Caty Labaig cuando presidía la comunidad de propietarios. Pero tal facilidad de acceso era aparente y no obedecía a negligencia del portero, un individuo llamado Boj que desde su garita acechaba al advenedizo que enfilaba el corredor de enlace entre la calle y el bloque habitado.

Ese corredor destartado, penumbroso, y con un pavimento de adoquines procedente del tiempo en que fue cochera del duque, arrancaba del portal y concluía en una bifurcación: a la izquierda, la escalera de bajada al montacargas coronada por un arco con el indicativo «Servicio» en letra gótica. Y enfrente, otra escalinata, esta vez de subida y tapizada con una alfombra granate, que terminaba en una vidriera de colores.

Traspasada la vidriera estaba la vivienda de Boj, de la que sólo se veía una mesa camilla con un man-

tel de hule y un cuenco de plástico donde el notario De Carlos depositaba la ceniza de su habano como si fuera un donativo. Y al lado de la portería el ascensor principal, cercado por una jaula de hierro y provisto de un diván con un almohadón de borlas para hacer más confortable el trayecto.

Los residentes, el cartero y los repartidores de ultramarinos, tintorería y prensa sabían cuál de las dos escaleras les correspondía usar, y quien lo ignorase quedaba advertido en cuanto pisaba los peldaños alfombrados. Vibraba entonces en el cuchitril de la portería algo parecido a una contraseña, imperceptible al común de los mortales pero categórica para el titular de aquella aduana, que de centinela se transformaba en cancerbero y salía de su cubil uniformado hasta la nuez a contrastar el rango del merodeador.

–Alto, que es casa ducal –clamaba invocando los antecedentes de la propiedad.

Y si se trataba de un intruso le cortaba el paso con su cuerpo y lo desviaba a la escalera subalterna para que a través del montacargas donde orinaban con frecuencia los perros de la casa accediera a las viviendas por la puerta de la cocina. Mas si el visitante tenía derecho a pisar la alfombra que adentraba en la zona selecta del edificio, Boj se abalanzaba sobre él como el bóxer de Sisita Notario, que siempre andaba suelto y provocando a los peatones de la calle Goya, y le arrebatava paquetes, carteras de negocios, e incluso bastones y muletas, con lo que en una ocasión casi desnucó a Nárdiz, el impedido del tercero, para acarrearlos por la escalera y

estacionarse junto al ascensor mientras charlaba sobre lo que fuese.

No era fácil callar a Boj ni eludir su solicitud, porque en el supuesto de que el perseguido esquivara el asalto, penetrara con sus pertenencias en el ascensor, cerrara la cabina para zafarse del acoso y tras sentarse en el diván intentara poner tierra por medio con la arrogancia del lobo de mar cuando corta amarras desde la cubierta del buque con la novia que deja en cada puerto, es probable que no se desplazara un palmo por más que manipulara el cuadro interno de mandos ya que Boj abortaba su fuga al retener la verja de la jaula.

Boj no reparaba en el desaire de su cautivo, expuesto a la piedad del vecindario en la cabina iluminada lo mismo que un santo en su urna, ni oía los improperios en las alturas de los privados de transporte. Absorto en su discurso, sólo tomaba conciencia de la realidad cuando enmudecía, mayormente porque había terminado de contar su historia y el orgullo de la obra bien hecha alegraba su rostro de labrador. Reanudaba entonces sus labores de conserje, incrustaba la verja de hierro en el quicio para que hubiese contacto y oprimía el botón exterior de ascenso igual que si se pegara un tiro, pues ciertamente era suicida prescindir del precario trampolín de su elocuencia.

—Cuando Boj se calla —observaba seriamente Caty Labaig—, el ascensor funciona.

Pero al ponerse en marcha el ascensor no volvía la paz a su ocupante, que en lugar de felicitarse por la derrota de Boj y disponerse a un vuelo relajado,

tensaba el ceño y alocaba el ojo con las manos hundidas en el almohadón de borlas como preparándose para contrariedades mayores de las que dispensaba aquel pelma. Y es que en efecto el aparato, antes de elevarse con la prosopopeya presumible en una casa ducal, experimentaba tal traqueteo que el desprevenido o el novel creían llegada su hora y tocaban el timbre de alarma o voceaban socorro.

Todo se debía a que ese ascensor, que vino nervioso de fábrica y nunca fue revisado a fondo, como denunciaba Caty Labaig en las reuniones de propietarios, respondía a la orden de arranque con la severidad de un gigante despertado de la siesta que zarandeara músculos y tendones en repulsa al importuno. El vaivén, algo así como un zarpazo, y por tanto más breve que el de la coctelera agitada por Arcadio, el encargado de Balmoral, constituía un suplicio para el usuario pero una gimnasia útil para la máquina, que sólo tras sacudirse la inercia y desperezarse con este ejercicio de desentumecimiento y puesta a punto cobraba fuerzas para el despegue y, a semejanza de la hostia alzada por el padre Altuna en el momento de la consagración, trepaba lenta y sublime por los pisos enlazados a la escalera de caracol que vertebraba la casa.

Al llegar a la planta segunda, en la que Arce ocupaba el piso de la derecha y Caty Labaig el de la izquierda, el viajero desalojaba la cabina por una puerta distinta de la que usó para entrar, y como si esta variación anticipase otras de superior calado, nada más pisar la moqueta de color ala de mosca un silencio de muerte le indicaba que en vez de

acercarse a su destino había retrocedido en el tiempo. Porque aquel escenario de su desembarco recordaba los gabinetes galantes del siglo XVIII donde dos butacones escoltaban una mesa con flores de tela y una escultura de escayola bajo un espejo rectangular de pared en el que ya petimetres y currutacas debieron de verse las caras.

—Esta decoración queda tan tan —refunfuñaba Caty Labaig cuando coincidía en el descansillo con los Arce—, que cualquier día nos acampa un triste.

Mas lo que Caty Labaig juzgaba inadecuado para un espacio de ir y venir, encajaba a las mil maravillas en la sensibilidad de Pía, que inclinada como el resto de su especie a las porcelanas de Lladró y las acuarelas de Palmero no obstante sus estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense, creía hallarse en familia y al calor de la chimenea cuando, al salir del ascensor aturrida por los ruidos de la calle, encontraba el sedante de la mesa floreada y el centro de escayola donde dos amorcetes desnudos jugaban con un caniche.

A tan halagüeña recepción respondía su comportamiento. Porque tras apretar el timbre de campanitas de su vivienda y en la certeza de que Wences tardaría en presentarse, pues nunca estaba donde se la necesitaba sino deslizándose sobre bayetas por el pasillo, mirándose el fondo de los ojos o de cháchara con sus iguales de otros pisos a través de la ventana de la cocina, Pía desparramaba por la mesa y las butacas del rellano el bolso de Pekary, el sombrero de Cacharel, los guantes de Varadé y la bufanda de Zarauz, además de las compras que hu-

biera hecho de moda y hogar pero nunca de alimentación, porque eso correspondía a las criadas. Y enfrentándose al espejo neoclásico con la tranquilidad del navegante que se arrima a la costa, se esponjaba la melenita morena que le peinaba Ruphert.

Como el descansillo no constituía una campana neumática sino que se comunicaba con las demás plantas del inmueble, los que solían desplazarse por las escaleras, como el coronel Barbudo Perrín con su galgo o los condenados a hacerlo cuando el charlatán de Boj les dejaba sin ascensor, la sorprendían probándose alguna adquisición o retocándose. Mas en vez de retraerse y disimular, Pía continuaba a lo suyo y revisaba la corona de sus dientes o las patas de gallo mientras devolvía el saludo de sus vecinos de forma automática, con el lápiz de labios o la polvera en ristre.

A medida que la antesala se alargaba, el descansillo se parecía más a una alcoba que a un lugar de tránsito. Era entonces cuando Pía, inducida por el recogimiento de la estancia y por la naturaleza de sus operaciones, más propias de un camerino que de un escaparate, decidía quitarse el abrigo (y milagro si no se descalzaba, como la viuda de Marquina, que sacaba las zapatillas del bolso mientras subía en el ascensor y se las ponía sentada en el diván). Y rindiéndose a la jurisdicción del espejo, se enderezaba la hombrera del traje de chaqueta o paseaba por la moqueta color ala de mosca para comprobar qué tal le caía la ropa y qué tipo le modelaba Zaira, la masajista del Club Apóstol Santiago.

De este modo, cuando al fin se abría su puerta noble y sobre un fondo de caobas resaltaba la faz desencajada de Wences con la respiración anhelante por el trecho recorrido, el abrigo pasaba del brazo de Pía al de la criada como en una alternativa taurina. Y Wences, después de saludar a su señora con una tímida genuflexión y sin haberse repuesto de la carrera que la trajo hasta allí, lo conducía al cuarto de la plancha con la misma prisa con que se traslada al hospital a un accidentado para practicarle las primeras curas, y sólo tras cepillarlo con agua caliente y bañarlo en colonia de París lo reintegraba, depurado de contaminaciones plebeyas, al armario empotrado del pasillo.

Pero en esta ocasión, como la apremiaba referir a su esposo el comentario de Fela del Monte –no para cerciorarse de su exactitud sino para compartir el desasosiego que le inspiraba–, Pía hurtó su abrigo a los cuidados de Wences contraviniendo la norma de limpiar todo lo que traspasaba su puerta. Con lo que, de forma análoga al caballo de Troya, introdujo en su hogar a través de esa prenda impura la angustia que se respiraba en el barrio de Salamanca aquel mes de octubre de 1975 en que el Caudillo se moría ante la incredulidad de los que lo consideraban eterno.

Todo había comenzado en el Día de la Raza, que entonces se celebraba el 12 de octubre, cuando el Caudillo quiso conmemorar a la intemperie el aniversario de la gesta colombina y pescó el constipa-

do de nariz y garganta que, limitado en principio a tos y mocos y combatido con vahos de eucalipto y jarabes, degeneró por su edad avanzada en un cuadro gripal amplio que el doctor Lapayèse analizó en la tertulia de Balmoral: primero le subió la fiebre, luego se le disparó el colesterol, después vino la arritmia, luego la apnea, detrás la timpanización, más tarde el meteorismo, enseguida las lombrices y de postre un amago de encharcamiento pulmonar que obligó a tenerlo en pie día y noche sin guardar cama –para edificación de Javo Chicheri y demás incondicionales del jerarca– y a vigilar las oscilaciones de su corazón desde el gabinete adjunto al despacho donde presidía las reuniones del Consejo de Ministros.

–¡El corazón del Caudillo! –blasonaba Javo Chicheri en la tertulia de Balmoral– Berroqueño de Guisando, soplete de las Españas, timbal, escudo y ventilador...

En ese organismo de ochenta y dos años que resistía como un tentetieso las acometidas de la arteriosclerosis y el Parkinson, se había infiltrado un trombo y la cirugía intentó atraparlo en sus venas a la manera de Chelito cuando perseguía entre sus ropas la pulga, según explicó el doctor Lapayèse a Moncha Gabarrón, la cuñada roja de Javo Chicheri. Con ello, el laureado cuerpo del Caudillo se convirtió en un campo de maniobras sanguinarias pues no sólo se le cortó una pierna a la altura del muslo para atajar la gangrena que le devoraba, como sostenían Lalo Pipaón y Luismi Fonseca sin que su clientela de la cadena de electrodomésticos les cre-

yese, sino que repetidas veces se le troceó el estómago, estragado desde su juventud por una bala morisca, para cauterizar las úlceras de su mesenterio.

–¡Estómago del Caudillo, helipuerto de hidalguía! –cantaba Javo Chicheri en el sótano de La Ballena Alegre sobre partitura de *Los gavilanes*–. Ara y bandurria, sementera, detersorio...

–Pesebre del necesitado –coreaban Lalo Pipaón y Luismi Fonseca–, podón de esforrocinos...

Estas intervenciones quirúrgicas, perpetradas a toque de generala dado el empleo del paciente y el perfil guerrillero de su percance, no le devolvieron la salud y le restaron autoridad. Porque buena parte de sus súbditos, al saberlo tendido y manoseado sobre una cama de hospital con más pinchazos que un acerico y más sondeos y perforaciones que una plataforma de crudo, en vez de admirar su valor o compadecer su tortura perdieron el miedo que su crueldad imponía y adujeron la ley del Talión para alegrarse de su castigo.

–Así le explote la bomba que lo ventila –murmuraba Moncha Gabarrón, la cuñada roja de Javo Chicheri, y sus correligionarios taurinos apostillaban–; que doble de una vez.

Rendido y degradado, el invicto fue una víctima cuyo pronóstico clínico pasó de la suma gravedad a una situación irreversible que se quiso mantener artificialmente a fin de que durase tanto como las conservas en salmuera. Dotado así de la gelidez de las estatuas y trocada su impasibilidad de estrategia en rigor mortis, el Caudillo prolongó su infierno junto al brazo de santa Teresa y el manto de la Pila-

rica hasta que una peritonitis bacteriana y una insuficiencia renal aguda, atacándolo por vanguardia y retaguardia, propiciaron el choque endotóxico y el subsiguiente paro cardíaco que, tras cuarenta días de aguante, le sacó de este mundo en la madrugada del 20 de noviembre de 1975, dos meses después de haber fusilado a cinco civiles, últimos de la amplia relación de cadáveres que a lo largo de su vida sembró sin temblarle el pulso.

Pero ese 31 de octubre de 1975 en que Fela del Monte y Pía Matesanz merendaban en la cafetería Gregory's, el enfermo no había cruzado todavía las fronteras de la inconsciencia aunque los rumores se cebaban en su declive.

—Ayer se les quedó fiambre —contó Luismi Fonseca en Balmoral— y le resucitó el himno del Tercio.

—Pronto nos fallará la música —replicó el doctor Lapayèse— y habrá que encomendarse a Dios.

Al repetir en la cafetería Gregory's este comentario del doctor Lapayèse a través de la versión que le dio Javo Chicheri, Fela del Monte suspiró con tanto brío que su cuerpo admitió más aire del que expulsaba. Y su tórax, comprimido por la lencería francesa de Mily y el jersey de angorina que Diemlité tuvo en oferta, justificó el apodo de Pechumida que Pía le impuso una mañana de julio de 1966, en vísperas de su boda con José Luis Arce, por lucir en la piscina del Club Apóstol Santiago, separada para hembras y hombres, un bañador con relleno.

Acontecimientos de esta índole —y otros menos importantes difundidos por dos cotorras como Lalo Pipaón y Luismi Fonseca desde el Club Apóstol San-

tiago, donde se citaban para jugar al tenis hasta la hora del aperitivo en Balmoral— solían proyectarse al barrio de Salamanca a la manera de un río que aumentara su corriente con las aportaciones de los vecindados en las calles que formaban su curso hasta desembocar en el sumidero de dislates derivados de materia tan fangosa y de tan peregrina elaboración.

Aunque por estas circunstancias nadie debiera dar crédito a tales habladurías, quienes contribuían a su repercusión no dudaban de su veracidad desde que las propalaban. Y eso también hizo Pía aquella tarde de octubre de 1975 con las revelaciones de su compañera de pupitre en las ursulinas de Loreto, que no fue con ella a la universidad porque prefirió matricularse en una academia de secretariado e idiomas de la calle Lagasca, muy cerca de la cafetería donde merendaban.

—Mi body que se lo repartan —concedió Fela en Gregory's—. Pero el dinero es sagrado.

La noticia destapada por Fela en la cafetería Gregory's de la calle Velázquez, casi esquina a Goya, había recorrido con la rapidez de la moto de Tere Espínola el itinerario investigado por Caty Labaig: Lalo Pipaón y Luismi Fonseca la llevaron al Club Apóstol Santiago sin desvelar sus fuentes, aunque de los materiales citados se deducía su alcurnia, y desde ese centro deportivo situado en el barrio de la Guindalera salió con el ímpetu del toro que abre plaza hacia el ventisquero de Diego de León, y por la avenida del Conde Peñalver se infiltró entre los jubilados de la fundación de doña Fausta Elorz y los escolares del colegio Calasancio.

En el cruce de la antigua calle Lista mudó de acera y en el atrio de la iglesia del Rosario hizo cambiar de conversación a Enedina Goyeneche y Dorita Sacristán, a quien se conocía en la posguerra como rui señor de la copla antes de que un caballero legionario la retirase a un piso de la calle Hermosilla, a la altura de El Anón Cubano, donde se le consentían bajo cuerda timbas de ruleta y naipes en las que Enedina Goyeneche y su marido, el joyero Horacio Rivasés, se buscaban la ruina y Fela del Monte engrosaba su ya holgado patrimonio, con lo que daba largas a proposiciones laborales.

Tras despedirse de Dorita Sacristán, Enedina Goyeneche bajó por Conde Peñalver para comprar galletas de coco en Mantequerías La Antoñita y allí facilitó la noticia al dueño del establecimiento. Éste la acogió con su acostumbrada afabilidad pero la transmitió a sus proveedores con la zozobra típica de un pequeño industrial. Y a través de éstos y de los muchos representantes que visitaban las tiendas de la zona con el muestrario de existencias en almacén y el bloc de anotar los pedidos y a media mañana hacían un alto en el chiringuito frontero a la Escuela de Ingenieros de Telecomunicación, donde el café era engrudo, la noticia circuló, algo tergiversada ya, de la Ortopedia Prim a Deportes Cóndor, del Bazar Horta a la cristalería Torrijos y de la corsetería Sonseca a la pastelería Biarritz estremeciendo a los ciegos del cupón que almorzaban en La Catedral, a los mendigos escalonados en las gradas del cine Salamanca y a las parroquianas de los pescaderos coruñeses que con

mandil verde y botas de agua despachaban en el mercado de Torrijos.

–Ahora va en serio, doña Moncha –susurró el pescadero–. El Caudillo testó.

–Cierre la boca, Froilán –aconsejó la aludida–, que ése mata a quien le crea difunto.

Y la venenosa réplica de Moncha Gabarrón, la cuñada roja de Javo Chicheri, quedó enganchada al rumor cuando éste se alejó de aquel núcleo de menestrales para enseñorearse de la rotonda que trazan las calles de Goya, Narváez y Alcalá, donde hablaban de lo divino y de lo humano el cerillero de La Cruz Blanca, tan popular por sus cañas de cerveza como por su clientela de patriotas, y el sobrino del padre Altuna y sacristán del templo de los antonianos Mamerto Bustinzapedorras, al que las feligresas invocaban por la trasera de su apellido.

–Pedorras, Pedorras –asediaban–, ¿quemarán tu iglesia cuando el Caudillo la palme?

Voló la incógnita por miradores y terrazas y sondeó alcantarillas y sótanos. Y a semejanza de Dorita Sacristán en el número de la apoteosis, cuando rebozada de plumas y pedrería bajaba la escalinata del Pavón flanqueada en cada peldaño por los mancebos del elenco, así el rumor, condecorado con los añadidos que incorporaba a su paso, descendió la pendiente de la calle Goya casa por casa y tienda por tienda, puntualiza Caty Labaig, desde Alcalá hasta la plaza de Colón, sin hallar otra resistencia en su camino que la del bóxer de Sisita Notario en la esquina de los pares de Castelló, junto al Saloncito de Arte.

Por el paseo de Recoletos continuó su rumbo agitando las flores naturales del café Gijón. En Cibeles bordeó el Banco de España y el sótano de La Ballena Alegre donde los falangistas de Javo Chicheri añoraban al Ausente y aclamaban al Invicto. Y ya en la Puerta de Alcalá, en vez de templar su resonancia en la fronda del Retiro o desviarse a la derecha para incidir en las especulaciones de la Bolsa y de los bufetes de la gran abogacía, se internó a la izquierda por los comercios de Serrano–Loewe, Zorrilla, Lurueña, Muñagorri– a la hora en que las alumnas del Beatriz Galindo reciben clase, las alfombras de Ispahan se confrontan a la luz del sol y las dependientas de Álvarez Gómez perfuman la mano de las compradoras mientras los asiduos a las subastas de Durán y a las funciones vespertinas del teatro Goya o del cine Carlos III repasan las esquelas del *Abc*, tendido como una servilleta sobre la mesa de la cafetería Neguri junto al tazón de café con leche, la barrita tostada a la plancha y el servicio de mantequilla suiza y mermelada de ciruelas.

Y en una de tantas tardes de temporada en que Fela del Monte y Pía Matesanz se citaban a hora fija, si no había contraorden, para mirar los escaparates del barrio y espiaban las listas de boda de La Cartuja de Sevilla y resistían la tentación de la bombonería Santa y se extasiaban con las joyas de Givenchy y los muebles de Nesofsky y envidiaban los sombreros de Shakuntala y la moda de Cabasse y coincidían en el chaflán de Gaston y Daniela con Pisibi Ruiz de Azúa, que había dejado a Toño No-

valiches en Pozito cargando de gasolina el mechero, y rescataban entre los saldos de Martí Prats las toallas que Nagore Maureta dijo haber importado de Piccadilly y sorprendían a Izaskun Damborenea en el Roma empinando el codo y a Cotolo Ceni-cientos en Embassy atracándose de trufas y para rematar la jornada entraban en Gregory's en el momento más concurrido a merendar el café con leche o la infusión de yerbas que desatasca el vientre, el rumor trasvasado al Club Apóstol Santiago por dos herederos de una cadena de electrodomésticos y propagado de uno a otro confín del barrio de Salamanca para que ningún vecino alegara desconocerlo –ni siquiera José Luis Arce, que quizá lo oyó comentar mucho en la tertulia de Balmoral y por eso no hizo caso o se olvidó de él porque no le interesaba la política–, se posó aquel 31 de octubre de 1975, sensiblemente modificado, sobre la mesa de la cafetería elegida por las dos compañeras de pupitre en las ursulinas de Loreto: pues lo que Fela pregonó abombando el busto y conmovió la conciencia de Pía fue que el Caudillo, a la hora de rendir cuentas ante Dios y ante la Historia, había renegado de sus demonios familiares.

–No me lo puedo creer –gritó Pía sirviéndose de la tetera–. ¿Por qué nos hace eso el Caudillo?

Fela del Monte valoró el efecto que causaba en los clientes más cercanos la observación de su amiga del alma. Y volcándose sobre la mesa para que sólo ella la oyese, murmuró con un suspiro digno de su mote:

–También amenaza con la guerra.

Con una pasta de guinda en la mano derecha, Pía alargó el morrito a la oreja de Fela e introdujo el matiz propio de su educación universitaria:

–¿De qué guerra hablas?

Y cuando Fela lo dijo, Pía quedó tan aliviada que se retrepó en la butaca de Gregory's.

–¿Ahora te extrañas? –gritó–. Siempre nos lo decía el padre Altuna.

Pero Fela no se rendía gratis y mientras espantaba migas de su ceñido jersey replicó en el mismo tono alto:

–No querrás saber más que yo del cura que casó a tus padres en la carbonera de mi casa.

–Si viviera el padre Altuna –insistió Pía sin recoger la alusión– sabríamos a qué atenernos.

–Te diré lo que nos diría el padre Altuna, Piorra: al rendir su alma a Dios y cuando nada le costaba quedar bien, el Caudillo nos vende a cuatro desagrados.

Y resbalando la vista por los cuadros de caza de la cafetería, Fela sentenció con otro suspiro de coloso:

–España será un cataclismo, una hecatombe y una sarracina. Pero mi dinero no lo tocan.

Impresionada por el ardor de su amiga, Pía vació su trastorno en una perplejidad sin respuesta:

–¿Qué van a hacer con nosotros estos hijos de su madre?

Y con la misma diligencia que había desplegado Javo Chicheri para encuadrar a los contertulios de

Balmoral en comandos de escarmiento contra su cuñada Moncha Gabarrón y una amplia nómina de rojos –o rogelios, como los llama en su diario Caty Labaig–, Pía llegó a su casa aquella tarde de octubre de 1975 en que Fela del Monte le confió el rumor dominante en el barrio de Salamanca. Y a la luz de la araña de lentejuelas del salón que resaltaba el furor de sus ojos grises repitió más alto, pero no para que la oyera Wences, la pregunta de la cafetería Gregory's:

–¿Qué van a hacer con nosotros estos hijos de su madre?

A la manera del humo atizado en la madriguera de los conejos para sacarlos de su escondite, pretendía con su treta picar la curiosidad de su esposo e incitarlo a abandonar el despacho que se abría al salón para comentar la noticia en la rinconera del tresillo. Ahí, sobre un fondo de caobas y en el centro de la librería simulada, estaba el retrato de su madre pintado por Villasevil en diciembre de 1963, que en la parte superior consignaba su nombre en mayúsculas: HORTENSIA, para que el cegato, e incluso el *connaissanceur*, identificaran sin vacilar a quien diez años antes de su muerte y para extrañeza de su familia –mas no de su gran amiga Máxima Dolz– había posado de rústica ante el artista de moda, con una blusa de volantes y una cesta de albaricoques.

Hablando atropelladamente de lo que ni recuerda mientras hojeaba sin mirarlas las revistas de decoración y trapos que le regalaba su vecina Caty Labaig y se pasaban de fecha en la mesa del tresillo,

Pía aguardó un instante para no atosigar a su esposo. Pero como no lo atraía con su ardid, después de una consulta al retrato de su madre y de que el reloj barítono del pasillo diera la hora, tomó la iniciativa de asaltar su despacho.

Sin atenerse a los usos de la cortesía y repicar con los nudillos en el cristal esmerilado de la puerta porque aquélla era su casa, atrapó el picaporte y con la majeza típica de su sexo y clase social penetró en los dominios de su esposo sustentada en el imperio de sus tacones de aguja que la alentaban a ocupar cualquier territorio sin intimidarse por quien le saliera al encuentro ya que medía a todos los recepcionistas por el mismo rasero; daba igual que fuese el bancario Irurzun, el conserje Boj, o Zaira, la masajista del Club Apóstol Santiago, puesto que allí donde plantaba el pie ella era la reina.

—Ni te figuras lo que se nos viene encima —proclamó descompuesta por la contrariedad—. Me lo ha dicho Fela.

Y en la seguridad de que no sería rechazada por el que había inmolado su corazón de oro a su hechizo de castigadora, avanzó hasta la mesa de trabajo de su marido dejando la habitación franca a la curiosidad de Wences.

Pero a Wences no le importaba la controversia de sus señores porque seguía aferrada a la manilla de la puerta principal con la lengua fuera y el pecho palpitante, más pava que nunca tras verse privada del abrigo que solía perfumar y muy arrepentida de haberse presentado sin cofia, achacando su descuido a la impaciencia de Pía que con sus timbrazos la

obligó a desenchufar la plancha y volar a atenderla y más confusa de que no la regañara por su desaliño que si lo hubiese hecho.

Después de seis años en el hogar de los Arce le desconcertaba que Pía pasara ante ella como una ráfaga, sin responder a su genuflexión de bienvenida ni reparar en que no llevaba cofia, y aún entendía menos que no depositara el abrigo en su brazo izquierdo, que al abrir la puerta automáticamente extendió para recibirlo. Y porque no encontraba explicación a la conducta de la señora, huyó como una rata por el pasillo adornado con los bodegones que había pintado el padre de Pía cuando estudiaba Bellas Artes, para pedir consejo a Domi, la vieja cocinera tuerta.

Afincada en la casa desde la guerra civil, Domi era referencia obligada en aquella familia de mujeres ya que cuidó de la madre, de la hija y de la nieta: había sido testigo de la boda de Hortensia en 1938, del nacimiento de Pía en 1940, de la incorporación de Arce en 1966 y de la crianza de Virucha desde 1967. Y más por respeto a ese historial que por gratitud a los servicios prestados, en vez de enviarla a un asilo se la mantenía prácticamente dispensada de tareas en su trono de la cocina, donde ejercía de archivo familiar como un oráculo, abriendo el ojo sin vida y entrecerrando el útil.

–Tenemos tormenta –significó aquella tarde de octubre al recibir en su regazo a Wences.

–No me dio el abrigo –sollozaba Wences en la falda de Domi, olorosa a rancio.

Domi había entrado en la casa de criada para todo, pero tras la boda de Pía se encargó sólo de la

cocina y desde la muerte de Hortensia en 1973 se limitaba a decidir con Pía el menú, que no elaboraba ella sino la mujer del portero Boj, y degollar el pavo de Pascuas. Un privilegio que Domi desempeñaba sin la asepsia del verdugo, pues ya fuese por su único ojo o por su falta de pulso transformaba el holocausto en una escabechina ruidosa y más larga que un día sin pan, y eso explica que hubiese que telefonar a Tano después de las fiestas, y a veces saltándose la tregua navideña, para que diese una manita de pintura en la cocina, el cuarto de la plancha y hasta en el tendedero de la terraza de servicio, que tras la matanza de Domi quedaban imposibles.

—Déjemelo aparente, Tano, y no me revuelva mucho —ordenaba Hortensia en los años cincuenta—. Que esto no es la guerra.

Después de invadir el despacho de su esposo con la celeridad de la moto de Tere Espínola, Pía tamborileó en la superficie barnizada de la mesa con sus uñas de color cinabrio. Quizá acarició el atril de lectura o el cenicero del can ladrador que Tomín Peñalosa le trajo de una convención de consejeros de Antibióticos S. A., o la plegadera de artesanía toledana que le regaló Virucha en el último Día del Padre o la miniatura del tanque oruga Wad-Ras 55 que Javo Chicheri repartió a los contertulios de Balmoral para festejar los veinticinco años de caudillazgo, o quizá manejó los catálogos de automóviles con la misma displicencia que las revistas del salón y en ello perdió un tiempo precioso. Porque cuando se disponía a desarrollar la frase con que

acababa de anunciar el apocalipsis, una música de cuerdas agarrotó su palabra: era Máxima Dolz, la amiga de la época de sus padres, dando clase de guitarra en la habitación de Virucha.

–Me atontolina –dijo Pía en el hombro de su marido para explicar su desconcierto.

Con la deferencia del virtuoso cuando deletrea el pentagrama ante sus discípulos y eso le obliga a ser más pedagogo que artista y sacrificar el lucimiento a la eficacia del aprendizaje, Máxima Dolz tocaba *Recuerdos de la Alhambra*, de Francisco Tárrega. No encuentra Caty Labaig en el repertorio popular una evocación más adecuada para que Pía se postrara ante la mesa de su esposo como si estuviera en el confesionario del padre Altuna en la iglesia de la Concepción a debatir las repercusiones que tenía para su gente la desaparición del Caudillo. Pero la música obraba efectos demoledores en Pía, y en ese trance favorable al examen de conciencia en que le hubiera bastado abrir los labios para desahogarse, el bordón de la guitarra, lejos de liberarla, la ofuscó. Y cuando a través de aquel bosque de sonoridades distinguió la melodía nazarí, tierna como la infancia escarnecida, no pudo controlar mente ni lengua ni reconstruir la preocupación grabada en su memoria ya que sus sentimientos se dislocaron.

–Escúchame un momento, sólo un momento –insistía Arce con su proverbial mansedumbre–. ¿Qué te ha dicho Fela?

Pero ella se obcecaba en su confusión:

–Me atontolina, me atontolina.